

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
En provincias. {	52
Semestre...	100
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El Castillo de Salobreña, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—
En el cementerio (poesía).—Amor maldito: tradición goda
(conclusion).—Amores de un poeta (poesía).—La Media naran-
ja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continua-
cion).—A unos ojos (poesía).—Revista de modas.—Explicacion
del figurin.

EL CASTILLO DE SALOBREÑA.

Abu-Abdallá, hijo de Mahomat V, ocupaba el tro-
no de Granada; el pueblo le adoraba y bendecía,
sin adivinar que bajo aquella corona de oro se agi-
taban tristes y dolorosos pensamientos. El califa, con
su ilimitado poder, su Alhambra y tesoros, era mas
infeliz que el último de sus vasallos.

Abdallá tenia dos hijos: Jusuf y Mahomet: am-
bos vástagos de un mismo tronco, se diferenciaban
entre sí tanto como la noche y el día.

El primero habia heredado de su padre aquel ca-
rácter noble y generoso que hacia de él el mejor de

los soberanos; el segundo, ó sea Mahomet, por el
contrario, de índole perversa y cruel, no podia ver
sin envidia la primogenitura de su hermano: el pen-
samiento de despojarle del cetro bullia hacia tiempo
en su mente, y el afan por reinar llegó á fascinarle
de tal manera, que no solo deseaba usurpar el cetro
á Jusuf, sino que hasta pensó ya en arrancarlo de
las manos de su mismo padre.

Era una tarde de otoño: Abdallá se hallaba solo
y cabizbajo en uno de los salones de la Alhambra;
los rayos del sol poniente que al través de los cala-
dos ajimeces penetraban en la preciosa estancia, ha-
ciendo reflejar los mosaicos de oro y colores que cu-
brian las paredes, venian á dar de lleno sobre el ros-
tro del pobre Rey, en cuya frente se pintaban las
arrugas del sufrimiento: pensaba en sus sueños de la
juventud, en lo mal que su hijo premiaba sus afanes,
y una lágrima rodaba por sus pálidas mejillas.

Solo leves suspiros salian de sus labios.

De repente penetró por el mirador un eco sordo
y extraño, que, aumentando notablemente, llamó la
atencion de Abdallá, que, alzando su cabeza, es-
cuchó.

El ruido seguia progresivamente, y el Rey se le-

vantó y se dirigió al ajimez; desde él se descubría la ciudad, sus campiñas hechiceras y su horizonte aun mas hechicero.

Los ojos del califa se fijaron inquietos en un punto; era la calle de los Gomeles; una inmensa multitud armada de lanzas, hachas y puñales se dirigía en tropel hácia las alamedas del palacio.

Abdallá no comprendió la causa de aquel tumulto; asombrado, volviose; un musulman jóven y cubierto con un rico caftan rojo, bordado de oro, estaba tras él con los brazos cruzados, y dejando entrever en sus labios una fria y satánica sonrisa.

—¡Mahomet! exclamó el Rey al ver al moro que con tal silencio habia penetrado en la estancia.

—Yo soy, repuso este; escucha: ¿oyes el pueblo cómo ruge? Pues bien, es que quiere que yo sea Rey, y vengo á que pongas tu corona sobre mi cabeza.

—¡Hijo desnaturalizado! replicó Abdallá: ¿tanto puede en ti la ambicion? Bien; renunciaré la diadema; no quiero que se vierta sangre; pero Alá castigará tu alevosía.

—¡Renunciar á la diadema? ¡Antes la muerte! gritó un árabe colosal, precipitándose en el salon en aquel momento.

—¡Jacob! murmuró Abdallá al verle, mientras Mahomet le examinaba con estupor.

—Sí (continuó el recién llegado). Jacob soy, el embajador de Fez, que no puede ver impasible tanta infamia, que no puede permitir despojes de la corona á quien por justicia le pertenece: yo hablaré á tu pueblo, y tu pueblo obedecerá.

Y Jacob arengó á las turbas, que concluyeron, como siempre, por aplaudir al que les ofrecía y adulaba.

Mahomet vió malograda su tentativa, y rugió de ira y despecho; Abdallá respiró, y la paz tornó á estender sus alas; pero el pobre califa gozó poco de ella: la muerte arrebató al Rey, que fue enterrado con gran pompa en el panteon de sus mayores.

Muerto el monarca, Mahomet, seguido de sus parciales, se presenta en la Alhambra y se hace coronar Rey de Granada. Jusuf, su hermano mayor, se hallaba llorando sobre aquella sepultura que acababa de cerrarse. «Dejadme en paz,» respondió á los

que interrumpieron sus oraciones para relatarle la traicion de su hermano.

Mahomet, cubierto de oro y pedrería, recorrió las calles de la ciudad rodeado de los suyos y seguido del pueblo, á quien el festejo atraía; al salir Jusuf del cementerio se encontró con una numerosa guardia de solakis (Guardia real), cuyo jefe, adelantándose con respeto, le intimó la orden que tenia para conducirlo á la fortaleza de Salobreña.

El príncipe reprimió un movimiento de cólera, alzó los ojos al cielo, hizo un esfuerzo, y volviéndose hácia el soldado:

—Estoy pronto á seguirte, le dijo.

Entonces avanzó un esclavo que traía del diestro un magnífico corcel; Jusuf cabalgó en él, y seguido de la tropa tomó una vereda oculta, y se dirigió á Salobreña triste y silencioso.

Mahomet, con el temor de la usurpacion, creia tener en su hermano el mas encarnizado enemigo, y asegurándolo respiraba.

Reducido el príncipe al encierro, ni una maldicion salió de sus labios; resignado con su estrella, pasaba la vida sin cuidarse de lo que sucedia mas allá de las paredes de su prision.

El reinado del tirano fue turbulento y desgarrador: como el vengador de tantas infamias se ve aparecer la sombra colosal de Fernando, el regente de Castilla, el héroe de Antequera que deja mas tarde el cetro de Enrique III en manos del niño Juan II, para recibir en las orillas del Ebro aquella hermosa corona que le ofrece un reino poderoso por mano de San Vicente Ferrer.

Vencido y sin aliento se retiraba Mahomet á su corte, dejando tendidas sus legiones en las campiñas de Ayamonte, cuando se sintió acometido por una grave dolencia. Entonces tembló, y un infernal pensamiento cruzó por su mente. Pensaba que, muerto él, su hermano trataria de recuperar la corona que le habia usurpado, privando de ella á su hijo. Pidió recado de escribir, y con gran trabajo trazó una carta, que entregó cerrada á Uriel, capitán de su guardia, diciéndole con un gesto feroz: «Ve al castillo de Salobreña, da esa carta al alcaide, y no vuelvas sin que te entregue lo que le pido.»

El enviado partió á escape hácia Salobreña.

Al llegar al castillo, encontróse al príncipe en su cámara jugando al ajedrez tranquilamente con el alcaide.

—Bien venido, exclamó Jusuf al ver al enviado de su hermano que, cubierto de polvo, llegaba hasta ellos.

—¿Qué quieres? preguntó el jefe de la fortaleza.

—Que leas esta carta y cumplas inmediatamente su contenido, contestó Uriel; y le entregó el pergamino.

El alcaide lo abrió, y apenas había principiado su lectura, cuando su semblante se puso pálido como el de un muerto, y sus ojos comenzaron á derramar copioso llanto.

—¿Qué sucede? exclamó Jusuf alzándose de su asiento.

—¡Ah señor! ¡Cómo decírtelo! replicó el anciano.

—Habla, yo lo mando, dijo el príncipe con majestad.

—Lee, pues, tú mismo, murmuró el alcaide alargando al jóven el pergamino misterioso.

El hijo de Abdallá le tomó con avidez, y sereno leyó estas palabras: «Alcaide de Salobreña: luego que Uriel-ben-Fery, jefe de mi guardia, entregue en tus manos este escrito, pondrás en las suyas la cabeza de Jusuf, mi hermano.»

—¡Y bien! exclamó el príncipe volviéndose impávido á los dos servidores: ¿mi hermano desea mi cabeza? Cúmplase su capricho; sea en buen hora; mas espera, Uriel; déjame concluir la partida que teníamos empezada, y al punto podrás volver con tu misión cumplida.

Y tranquilo se tornó á sentar junto al tablero, comenzando á mover indiferente las figuras del ajedrez.

El alcaide y el mensajero quedaron absortos; el juego continuó; Jusuf se portaba como si nada pasase de extraordinario; el alcaide no daba una jugada con acierto; Uriel no comprendía tanto heroísmo.

Así continuaron algunos momentos; la partida tocaba á su término; el príncipe había acorralado todas las figuras de su contrario, y se reía de la torpeza de este.

La hora del sacrificio se acercaba. Un confuso rumor se escuchó fuera de la fortaleza; el alcaide y

Uriel corrieron á un ajimez; Jusuf quedó pensativo junto á la mesa.

Por el camino de Granada avanzaba un torbellino de polvo, entre el cual, y á los rayos del sol, se veían brillar armaduras; aquellas gentes se aproximaban al escape de sus caballos; al divisar las gentes del castillo, enarbolaron sus lanzas, de las que habían colgado las telas de sus turbantes, y á una voz gritaron todos:

—¡Clemencia! ¡perdon!

Á los pocos momentos un tropel de caballeros se hallaba á las plantas de Jusuf.

—Príncipe afortunado, exclamó uno de ellos: tu hermano acaba de espirar; en sus postrimeros momentos pedía á gritos tu cabeza, que confesó había mandado á buscar; nosotros hemos querido evitar tal desgracia, y por fortuna lo conseguimos.

Y, dicho esto, tomando de las manos de un esclavo negro una diadema colocada sobre una rica bandeja, y postrándose á los pies del príncipe, continuó:

—Hé aquí la corona de Granada; ¡tuya es!

—¡Viva el Rey! repitieron á una los circunstantes.

Poco despues Jusuf, acompañado de una lujosa comitiva, penetraba en la ciudad, donde lo esperaba la muchedumbre, que en triunfo le condujo á la Alhambra.

Concluidos los funerales de Mahomet, Jusuf III fue proclamado soberano de Granada; tres años de infortunio hicieron de este príncipe un monarca prudente y sabio, que, á semejanza de su padre, cifró toda su ambición en cumplir los deberes de Rey; esto es, en *procurar la felicidad de sus vasallos.*

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

EN EL CEMENTERIO.

A mi inolvidable amiga la malograda poetisa señorita
doña Elena Gomez de Avellaneda.

Elena, si desde el cielo,
á do los ángeles van,
puedes comprender mi afán,
y mi pena y desconsuelo;

si es cierto que en vapor santo
 convertido, hermosa nube,
 hasta el trono de Dios sube
 de los mortales el llanto;
 y si Dios, desde su asiento,
 contempla con efusion
 ese llanto, emanacion
 amarga del sentimiento,
 no estrañes que busqué abrigo
 ahí, donde mora la calma,
 el ¡ay!... que arranca del alma
 hondo pesar á un amigo.
 Y ese suspiro al llegar
 á ti, cual eco profundo,
 te indicará que en el mundo
 no todos pueden llorar.
 Que, cuando el dolor es tanto
 que desgarrá el corazon,
 cobardes los ojos son
 y niegan salida al llanto.

Héme aquí: yo que algun dia,
 niño feliz, sin pesares,
 te consagré los cantares
 tiernos de la lira mia;
 que indeciso en el proscenio
 del templo al genio elevado,
 pude admirar estasiado
 tu inspiracion y tu genio;
 que tu angelical belleza
 amoroso contemplaba,
 y á que solo igual hallaba
 tu inmaculada pureza;
 hoy, al cabo de cuatro años
 de continuas emociones,
 trocadas las ilusiones
 en amargos desengaños,
 buscando tranquilidad
 con ansia febril, demente,
 y creyendo solamente
 verdadera la amistad,
 vuelvo, y traidora derrumba
 mi anhelo suerte enemiga,
 que, al reclamarle una amiga,
 me ofrece solo una tumba!...

¡Ay!... yo busco los lugares
 donde verte antes solia,
 y admiraba y aplaudia
 tus tristísimos cantares,
 y me parece que el viento
 murmura la postrer nota
 de tu lira que, ya rota,
 no exhalará ni un acento.
 Y recuerdo tu hermosura,
 tu timbre de voz sonoro,
 y sueño hallar el tesoro
 de tu amistad santa y pura.
 Y la realidad me advierte
 lo que la demencia olvida...
 ¡solo un loco busca vida
 en la mansion de la muerte!!

PEDRO MARÍA BARRERA.

Madrid mayo de 1864.

AMOR MALDITO.

TRADICION GODA,

escrita por

JULIAN CASTELLANOS.

(Conclusion) (1).

Pero el generoso jóven se equivocaba.

No comprendia de lo que es capaz un amante celoso, despreciado, por tomar venganza de una ofensa que le hiere en lo mas querido para el hombre, en su dignidad, en su orgullo.

Vermulfo, en su estado normal, hubiera perdonado al hombre que con tanta generosidad le tratara; pero en la ocasion presente, su alma, ofuscada por el odio y los celos, vió solo una nueva humillacion en el generoso proceder de su contrario.

Así que al siguiente dia se presentó en el palacio del monarca, y en presencia de los nobles todos de la corte, entre los que se contaban el duque Alarico y condestable Teodomiro, acusó de liviana y de ha-

(1) Véase el número anterior.

ber manchado su pureza á la jóven Teodosia, reclamando para ella el castigo que las leyes señalaban á las adúlteras.

Un rumor de sorda indignacion se levantó al escuchar aquellas palabras.

El padre de la jóven palideció como si la muerte se apoderase de él; el jóven Alarico clavó una mirada de odio sobre su rival, y entonces Vermulfo, fuera de sí, arrojó en medio de los presentes su gabardina en señal de reto, diciendo:

—La acusacion que he pronunciado antes es verdadera, y dispuesto me encuentro á sostenerla en palenque cerrado con quien ose desmentirme.

Teodomiros, repuesto de la primera impresion, se arrojó á recoger aquella prenda en señal de que admitia el reto; pero Alarico, mas ágil que él, la alzó del suelo, diciendo:

—Yo admito el lance en nombre de esa doncella, y apelo, para probar la justicia de mi causa, al juicio de Dios.

El Rey accedió á la demanda de los caballeros, señalando la prueba en palenque cerrado para de allí á tres dias.

II.

El momento de que las armas decidieran quién de los dos duques defendia mejor causa, llegó por fin.

Las gradas del palenque alzado para el combate en medio de la vega se veian llenas de una multitud impaciente y curiosa que bullia y se agitaba, ansiando presenciar el espectáculo.

En uno de los extremos se ve un tablado con un solo asiento, al pie del cual se encuentran amontonados gran cantidad de combustibles.

Aquel tablado era el dispuesto para Teodosia, donde moriria quemada por adúltera, segun las leyes godas, si su defensor no vencía al que la retaba de impura.

En frente del mismo se alza otro, cubierto de lujosas telas, desde donde presenciaban el duelo el Rey, la corte, y los jueces del campo.

El público gritaba impaciente, ansioso de ver principiarse la lucha.

Pero su curiosidad empezó bien pronto á quedar satisfecha.

Dos grandes puertas del circo se abrieron: por una penetró el Rey y la corte, y por la otra la jóven Teodosia vestida de luto, destrenzada su rubia cabellera, en medio de una fuerte escolta de soldados.

Cuando todos habian ocupado sus puestos, los clarines hicieron seña, las barreras se abrieron, y los dos duques Vermulfo y Alarico, seguidos de sus escuderos y de sus padrinos, penetraron en la plaza ginetes en arrogantes corceles.

El acusador repitió el reto en alta voz.

El defensor le admitió de nuevo, y los jueces, examinando las armas, hicieron partir á tomar campo á los dos caballeros.

Poco despues el toque de arremetida sonaba, y los dos paladines partian á encontrarse con toda la velocidad de sus corceles, echados hácia delante con las picas en ristre.

El primer choque fue terrible; los dos eran diestros y esforzados, y las lanzas saltaron en astillas, habiendo logrado Alarico hundir el escudo y el colete de su contrario, quedando él con el brazo derecho desguarnecido.

Empuñan nuevas lanzas, y se arrojan segunda vez el uno contra el otro; pero la suerte abandonó en este encuentro al amante de Teodosia, que sin lograr herir á su contrario recibió un bote de lanza que, introduciéndose por la visera de su casco, le hizo vacilar sobre el arzon; y Vermulfo, sin dejarle reponerse, cargó sobre él con nuevo valor, con nuevo brío.

Alarico abrió por fin los brazos, y cayó exánime en la arena.

Vermulfo habia vencido.

El padre de Teodosia, que presenciaba la lucha, fue sacado del palenque, en brazos de su escudero, transido de dolor.

Los combustibles dispuestos fueron encendidos por mano del verdugo, y la jóven acusada caía sobre el tablado con la razon perdida para no levantarse mas.

Al poco tiempo el palenque quedó vacío, y un monton de humeantes cenizas demostraba el sitio donde habia dejado de existir Teodosia.

La venganza.

El duque Alarico cayó, como dijimos, exánime sobre la arena, herido por la lanza de su contrario Vermulfo.

Este creyó que su golpe había arrancado la vida al noble jóven; pero no fue así.

La herida era peligrosa; pero, merced á los grandes conocimientos de un doctor hebreo, el duque fue mejorando notablemente, hasta que logró restablecerse por completo.

Su corazon, antes tan generoso, se tornó en vengativo con el pasado desengaño, y solo esperaba una ocasion oportuna para tomar en su rival el desquite de la ofensa.

Teodosia había muerto, y Alarico, que la adoraba con toda su alma, que no vivia, que no alentaba sino por ella, reconcentró su inmenso cariño en el hijo fruto de aquellos amores, á quien llevó en su compañía á una pequeña aldea, huyendo del bullicio de la corte.

El padre de la jóven había tambien sucumbido á causa del accidente que le sobrecogió al ver el resultado de la lucha, y el altivo y orgulloso Vermulfo, distinguido sobremanera por el monarca, se enlazó con una dama de esclarecido linaje.

Dos pasiones á cual mas poderosas ocupaban solo el corazon de Alarico en su modesto retiro: el amor á su hijo, y el odio á su contrario.

Aquellas dos pasiones eran ya una necesidad de su vida, necesidad que por satisfacer le parecia pequeño cualquier sacrificio.

La ocasion vino pronto en su ayuda. D. Rodrigo, que al ascender al trono por la voluntad de los pueblos demostró grandes dotes haciendo concebir las mas halagüeñas esperanzas, había empezado, á ejemplo de Witiza, á entregarse á los mayores escesos.

La pasion que ocasionó la ruina de aquel Rey se desarrolló con la misma fuerza, con la misma energía en el alma de éste, arrastrándole á multitud de demasías y violencias.

Repudió á su esposa Ejilona, y cercándose de una multitud de concubinas, convirtió el regio alcázar en una sentina de vicios.

La corte imitó el ejemplo del Rey, y la monarquía goda volvió á verse envuelta en la misma atmósfera de corrupcion que en tiempo de Witiza.

Entonces, lo mismo que en aquella época, los hombres honrados y amantes del bien público se aliaron para derribar tan despótico orden de cosas, se coaligaron ahora tambien para lanzar del trono á un monarca que tan mal uso hacia del poder que se le confiriera.

No tardaron en reunirse á estos nobles, entre los cuales figuraba en primera línea el duque Alarico, los dos hijos del destronado monarca, Ebba y Sisebuto, y su tio D. Opas, Arzobispo de Sevilla.

Con tan poderosos parciales el bando de los conjurados empezó á tomar incremento, preparándose para dar el golpe decisivo, cuando un nuevo esceso del Rey aceleró sobremanera su caida.

D. Rodrigo se había prendado de la rara hermosura de una de las doncellas de su esposa, llamada Florinda, hija del noble conde D. Julian, que desempeñaba en aquella sazón el gobierno de Ceuta.

La virtuosa jóven resistió de una manera noble, energética, las livianas pretensiones del Rey; pero este, valiéndose de un filtro, triunfó de su virtud.

Entonces ella escribió á su padre, noticiándole en una larga y sentida carta su deshonra.

El noble conde, ocultando en su corazon el inmenso despecho que sentia, acudió á la corte, engañó al Rey, y se llevó consigo á su hija.

Despues, dando rienda suelta á su enojo, entabló tratos secretos con los árabes, ofreciéndoles, si le auxiliaban con armas y gentes, ponerles en posesion del reino godo.

Muza, emir de África por el califa de Damasco, escuchó gustoso los consejos del conde, y accediendo sin demora á sus deseos, le mandó un ejército de doce mil combatientes, al mando de Tarik, ejército que, dirigido por el mismo D. Julian, derrotó en varios encuentros á los soldados de D. Rodrigo, estendiéndose, como una inmensa bandada de aves de rapiña, por las fértiles comarcas andaluzas.

La nueva de esta desgracia esparció el pánico en medio de aquella corte afeminada y corrompida.

Pero el peligro era inminente, y el Rey, despertando, aunque tarde, de su voluptuoso letargo, par-

tió resuelto á detener el paso al invasor, al frente de cien mil hombres.

La hora de la caída del imperio godo era llegada.

Los escosos y los desmanes del Rey habian ofendido á muchos, y en su mismo ejército, y bajo su mismo estandarte, se cobijaban muchos de sus mas encarnizados enemigos.

Por fin el ejército árabe y el cristiano se dieron vista en los llanos de Jerez de la Frontera, junto al rio Guadalete, y el combate se trabó de una manera sangrienta.

Siete dias consecutivos llevaban luchando, y la victoria seguia indecisa; pero lució por fin el octavo, y los conjurados, que habian resuelto acabar con don Rodrigo y todos sus parciales, se pasaron en lo mas reñido de la contienda al ejército enemigo.

Tan inesperado incidente esparció el terror y la alarma entre los tercios reales, que se desbandaron, fiando su salvacion á la velocidad de sus corceles.

D. Rodrigo huyó, y su valido Vermulfo, preso por los parciales de Alarico, exhaló su postrer aliento de un bote de lanza que, sin poder reprimirse, le dió su antiguo amigo, el que le quiso en otro tiempo con el cariño de un hermano.

EPÍLOGO.

Deshecho completamente el ejército godo, Tarik, al frente de sus huestes y seguido de Alarico, don Opas, los hijos de Witiza y demas parciales, se fue posesionando de todas las poblaciones, sin encontrar oposicion alguna.

Su ejército victorioso acampó por último á la vista de Toledo.

El cerco duró algunos dias, pero por fin la ciudad se rindió, despues de conseguir que el conquistador les otorgase suaves condiciones.

Empezaba á amanecer: las tropas y los atabales del campo de Tarik tocaban á cabalgar, pues aquel era el dia destinado para penetrar en triunfo en Toledo, cuando los hijos de Witiza y D. Opas, atraidos por el griterío de los escuderos de Alarico, penetraron en su tienda.

Un espectáculo desgarrador se presentó á su vista.

El jóven duque se hallaba cadáver en medio de

un lago de sangre, y en su pecho se veia clavado un puñal hasta el pomo, cuya hoja sostenia un pergamino, que, en gruesos caracteres góticos, decia así:

"Alarico: tú asesinaste á Vermulfo cuando tus soldados le hicieron prisionero. Yo, su viuda, vengo su muerte tomando tu vida en pago de la suya."

El caso habia acaecido de la manera siguiente:

Vermulfo fue hecho prisionero y muerto de un lanzazo, como ya llevamos dicho; un esclavo de su confianza, llamado Dobio, que presenció la escena, partió con la celeridad del rayo á poner aquella infausta nueva en conocimiento de su esposa.

Esta juró sobre la cuna de su hijo vengar la muerte de su marido, é hizo que Dobio se agregase al ejército invasor procurando una ocasion para lograr su intento.

La oportunidad se le presentó la víspera del dia en que Toledo iba á abrir sus puertas al ejército victorioso, y protegido por las sombras penetró en la tienda del noble duque, arrancándole la vida cuando él se encontraba entregado al sueño.

Este fue el fruto de aquel amor maldito, tan funesto para quien le inspiró como para los que sintieron abrasadas en él sus almas.

AMORES DE UN POETA.

En pobre cuarto de último piso

tengo, lectoras, un paraíso:

ceja una mesa, rota una silla,

una ventana donde el sol brilla,

dos grandes tiestos llenos de flores,

libros y plumas, y mis amores.

¡Grato es el libro, la luz es bella,

pero mas dulce que todo es ella!

Cuando callado pienso y escribo,

su aliento suave débil percibo,

que cual el soplo del aura blando

pasa, mis sienes acariciando.

Inmóvil miro su forma blanca,

y cuando altiva por fin me arranca

rasgos audaces la musa terca,

sin que la escuche venir, se acerca,

y en dulce premio sonoro beso
siento en mi frente pálida impreso.

No ruborosas bajéis la vista;
no es, ¡oh lectoras! no es mi conquista
mujer que celos daros pudiera,
no es bailarina, ni costurera;
no es de este mundo: ¡solo las hadas
subir pudieran noventa gradas!
Quien largas noches insomne vela,
quien me acaricia, quien me consuela,
quien mis papeles mezcla y revuelve,
quien de mis libros las hojas vuelve,
quien con los vates hizo alianza,
no tengais celos, ¡es la Esperanza!

TEODORO LLORENTE.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

¡Ves? ¡Aun todavía lloro; aun el acento y la sangre de aquel que tanto amaba destroza mi corazón! Sin embargo, yo rezo continuamente por unos y por otros, pues Dios manda perdonar á los enemigos; pero habla en español, hija mia, habla en español.

Julia se echó al cuello de su tia y lloró con ella. Desde entonces nunca volvió á decir un nombre que no fuese en castellano; por lo cual fue olvidando el *crochet*, el *frivolité* y todos los términos de esta especie.

III.

EL RETRATO.

¡Qué pícaras casualidades son las del mundo, para que nadie viva á gusto en él!

Parece que le causa risa el atormentarnos, ó que

es una ganancia á la lotería cada pesadumbre que nos da.

Yo quisiera verle los ojos al mundo: preciso que los tenga atravesados para equivocarlo todo y mirarnos siempre de reojo.

¡Pero qué calma tiene y qué sangre fría! Preguntadle qué ha hecho de nuestra felicidad, y aunque se lo digais en el tono mas trágico, echando lágrimas como avellanas, y los bofes por la boca, permanecerá inalterable, y no variará su sistema ni su orden por nada que existe.

Sucede una catástrofe, una escena sangrienta, una batalla en que quedan los campos con mas cadáveres que espigas de trigo, y el morlacon del mundo impenetrable y quieto.

Seguro está que altere sus horas, ni deje de reirse por las mañanas como un tonto cuando ve la cabeza de Febo, ni de enojarse por las noches y echar un capuz mas feo que la cara de un ministro cuando le da un seco *no* al pobre cesante.

Mas fácil es que lleguen los gritos de cualquier desesperado al cielo, á pesar de la altura prodigiosa á que se encuentra, que el mundo los quiera oír cuando le da por hacerse el sordo.

Mas fácil es darle un recadito al oído á la luna, á pesar de las ochenta y seis mil leguas que nos separan de ella, que hacerle entender al mundo, ni con una bocina mayor que las pirámides de Egipto, que estamos tristes y que remedie nuestros males.

Lo cierto es que nadie vive tranquilo y que Julia y su tia eran demasiado felices, y que la felicidad es el contrabando mas difícil de guardar. La niña era ya una mujer. ¡Qué desgracia!

La niña tenia que empezar á sentir, porque iban pasando los años.

Mas fácil seria conservar un palacio de oro en Sierra-Morena, que un grano de felicidad en todo el mundo.

Lo cierto es que Julia vió unos ojos ¡vaya unos ojos! mas negros que la pólvora y mas rasgados y dulces que la dulzura misma.

Luego aquellos ojos estaban coronados por una frente hermosa, despejada, con una guirnalda de rizados cabellos, que tirados hácia atrás parecían decir: "Soy el Dios de la belleza y la majestad."

(1) Véase el número 77.

Y ¡qué boca tan sonrosada y graciosa! Era imposible que aquellos labios tan delicados y suaves supiesen mentir.

Y luego aquel rostro, que conservaba las tintas de la inocente infancia, aun no estaba sombreado de vello.

Aquel ser no podía todavía ser falso, egoísta, ambicioso, engañador ni tirano.

¡Pobrecillo! no tenía aun el insolente bigote, con el cual se cree el hombre Rey de la creación y Sultan de todas las mujeres.

Mucho menos bosquejaban sus sienes la despótica patilla, ni lo restante de su rostro estaba oscurecido con la gravedad altanera de la dominante barba.

Era un niño, pero un niño hermoso, que nunca se reía, y á quien Julia hubiera dado por ver reír la calma de su vida entera.

Ni tampoco hablaba. ¡Qué dulce sería el metal de su voz! Con un rostro tan bello era imposible que el acento fuese ronco ni desagradable; mucho menos chillón. ¡Quién concibe un defecto orgánico en un cuerpo que es la perfección misma?

¡Y qué nombre tendría tan bonito!

¡Oh! cada vez que Julia tenía que salir á la calle, había de cruzar por la Carrera de San Gerónimo solo por verle.

Siempre estaba allí, fascinando con sus miradas, arrebatando, trastornando la cabeza de todas las muchachas.

¡Pícaros fotógrafos! ¿A quién se le ocurre poner un retrato tan bello en la puerta, sabiendo que hay criaturas que quieren comprar cuanto ven? Así sucedió á Julia. Se le antojó aquella linda estampa, y como nunca falta alguna criada sagaz y dispuesta, al fin vino á manos de la jóven una copia de aquel retrato singular.

Mas no fue solo eso, sino que también supo el nombre del original. Se llamaba Arturo Segovia, hijo de unos propietarios de Cuenca, que vivían en la corte hacia algunos años con el objeto de que este jóven perfeccionase su educación distinguida.

Parecía que Julia había adquirido un tesoro con estos datos. Tenía esperanza. Concebía la idea de que alguna vez llegarían á encontrarse sus ojos con aquellos ojos, que al fin resonarían en su oído la voz

de aquella boca muda; y acaso respondería un latido de aquel corazón á los que el suyo daba de continuo.

Entre tanto, después de sus rezos, sus oraciones, sus meditaciones religiosas, se encerraba en su cuarto para contemplar horas enteras el traslado del hombre que había despertado en su alma la primera emoción de amor.

A los pocos días ya no necesitaba encerrarse ni contemplar el retrato para tenerle fijo en la memoria.

Mas tarde le vió, por su desgracia, hasta en los cuadros sagrados de la galería.

Entonces se aficionó como nunca á la pintura. La dijo á su tía que la comprase cajas de los mejores colores y finísimos pinceles. Armó su caballete, y abandonando la música y las labores, se dedicó al arte de Apeles con incansable ardor.

Siempre había un lienzo oculto á los ojos de doña Inocencia, donde todos los días se hacía un boceto y se volvía á borrar.

Nunca resultaba el retrato de Arturo con la perfección que Julia lo quería. Es desgracia del artista, decía, que todos los rostros sean fáciles de copiar, menos el del ser querido.

Y no se engañaba. Parece que la imagen que mas deseamos recordar, mas huye á nuestros ojos.

Perdemos seres que nos son indiferentes, que pasan á nuestra vista, sin detenernos, ni mucho menos apasionarnos, y siempre que los recordamos, los vemos; nos miran, nos hablan, nos muestran sus facciones, como si las pupilas quisieran encarcelarlos... ¡Ay! y nos huyen, nos ponen un velo, cuando con ansiedad febril, loca, deseamos reunir ideas, formar una imagen, aprisionar un fantasma... ¡Oh! ¡Con cuánto gusto le encerraríamos en nuestro pecho! El egoísmo siempre desea poseer lo que ama.

Pero Julia, Julia quería detenerle en el lienzo. Ya estaba empeñado en ello su amor de mujer y su corazón de artista; y la expresión de aquellos ojos que devoraban su espíritu huían del pincel, como una profanación, como un sacrilegio.

Algunos meses duró esta lucha del arte y la pasión. Julia se quedó pálida, triste, distraída.

Su tía la preguntó la causa, y ella respondió ma-

quinalmente: "Soy una torpe; creí que pintaba, y solo sé destruir la belleza, emborronar lo perfecto."

Pues aplicate, hija mía, aunque á mí me parece que las copias que has hecho estos días del Sueño de San Juan, la Humildad de Abel y la Desesperación de Cain, son dignos de presentarse en un Museo de celebridades.

—¡Nada! nada, tia. Yo no sé pintar.

—Y ¿qué le hemos de hacer? No te afijas. ¿Tienes por ventura que ganar el sustento con los pinceles? ¿No es tuyo cuanto yo poseo?

¿Serás menos hermosa porque no sepas pintar?

¿Se desflorará tu virtud porque no poseas ese arte?

¡Vamos, no seas niña! Desde mañana solo te dejo dos horas en el caballete. Te vas poniendo desconocida con esa afición.

Todos los extremos son viciosos. Yo no digo que no seas aplicada, hija mía; pero eso raya en desatino. ¡Ojalá te hubiese dejado todo el día como un loro diciendo palabras francesas! Eso al menos solo daba tormento á mi españolismo, pero no destruía tu salud.

Julia, hija mía; eres demasiado vehemente en tus afecciones, y esto es una desgracia para ti misma. Solo se debe amar la religión como camino de la gloria y origen de todas las virtudes.

No echar nunca una mancha en la conciencia, que nos amargue los días y nos desvele las noches.

Y, sobre todo, huir de los hombres y acercarnos á Dios.

Julia: no ames jamás á ninguno, sino como á tu hermano. Mira que el mas noble, mas rico, mas hermoso, encierra doblez y alevosía, y desflora con su ingratitud y olvido el amor de la mujer.

Vive, hija mía, vive siempre á mi lado: tú eres mi hija, mi heredera, mi tesoro, mi encanto, mi alegría.

Vivamos unidas y felices, y mañana, cuando cariñosamente cierras mis párpados, retírate á un monasterio.

¡Dichosa la mujer que no escucha nunca una lisonja, que deja dormir su corazón en el blanco lecho de las vírgenes, que no recibe en sus ojos el reflejo de otros ojos, y que jamás derrama las lágrimas del

abandono, ni se consume por los desdenes y los celos!

No te apartes nunca de mi lado, Julia. Los hombres te harían llorar si los amabas, y te aborrecerían si les recordabas sus deberes.

Serías la mártir de sus caprichos ó la despótica señora de sus debilidades. Lo primero te haría sufrir mucho: lo segundo te inspiraría un tedio y un desprecio que te haría infeliz.

En tus primeros años te llamarían hermosa por adularte y seducirte. Tendrías una época de mando y de imperio que te enloquecería, sin saber dónde fijarte para elegir; pero mas tarde se oscurecerían tus reflejos, se cansarían de ti los mismos que te adulaban, y cuando pasaras á su lado se sonreirían con desprecio, diciendo: "Ahí va un sol sin aureola, un sol que ya ha tocado á su ocaso."

Mas tarde, cuando la plata cubriese tus sienes y las arrugas tu faz, les oirías decir, soltando una carcajada: ¡Pobre vieja!

Y todas serían espinas para tu corazón, y tristes recuerdos para tu memoria.

¡Julia! ¡Julia! Si no ha de haber para ti un esposo digno de tu pureza y tus virtudes, guarda el corazón y no le entregues á quien le martirice y le despedace.

(Se continuará.)

A UNOS OJOS.

MADRIGAL.

Ojos negros rasgados,
Cuya ardiente mirada embriagadora
Seduca y enamora,

Miradme sin cesar; vuestra belleza
Embarga al pecho mio,

Que cuanto os miro con mayor fijeza
Tanto mas en miraros me estasio.

Ardientes negros ojos
En que un alma de fuego se retrata,

Miradme, aunque en mi pecho
Hagais profunda herida;

Que si es vuestro mirar el que me mata,
Tambien vuestro mirar me da la vida.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

El realzar la belleza de nuestras elegantes lectoras, es una preocupación que nos domina de medio á medio.

La moda nos ayuda frecuentemente, pero en el terreno de los contrastes suele ofrecer los mas acabados modelos del buen gusto, á la par de algun original á propósito para delinear las caricaturas de un abanico de media peseta.

Hoy respiramos una delicada brisa perfumada en alta distincion, que nos sopla deliciosas inspiraciones para crear tipos de novedad y correcta belleza.

Seguid, queridas lectoras, los trazos que delinea el borde de nuestra pluma, y os dirigirán á ver si en el depósito de nuestra fantasía hemos acertado á complaceros.

Las dos disposiciones favoritas para los tejidos de seda, como tafetan, moiré de estío, ó de fantasía, son las finas rayas á lo largo y los cuadritos.

Las preferidas para negligé son el mohair, la alpaca, y sobre todo el linós, que ostenta el brillo de la granadina.

Los cuerpos altos, lisos, y con el talle Imperio, es decir, cortísimos, obtienen casi tanta boga como el traje á lo hombre, que, por el contrario, alarga el talle. Las mangas son siempre de codo y estrechísimas, por mas que sea un contrasentido para la estacion presente. Se las guarnece como al cuerpo, colocando el adorno por abajo y remontándolo sobre la costura, unas veces hasta arriba y otras solamente hasta el codo. El jockey es de todo rigor, compuesto de lo mismo que guarnece las faldas. Estas son anchísimas por abajo, y para obtener este resultado se cortan los paños al viés por un lado. La mas medianamente debe ser de cinco metros por abajo, y dos con cincuenta centímetros por arriba. El paño delantero se corta un poco al viés por ambos lados, y luego se unen los demas, cuidando de colocar uno al viés con otro al hilo, excepto en el de detras, donde los dos vieses se disponen juntos con el objeto de obtener una cola graciosa. Hoy los trajes de vestir exi-

gen que esta sea lo menos de cincuenta centímetros, y á este fin se redondean los paños por abajo.

Se llevan mas que nunca las confecciones en tela igual al traje, esceptuando las ligeras en encaje de yack ó de Chantilly, que todas las elegantes adoptan para el rigor del calor.

Tenemos á la órden de los lindos talles los siguientes trajes, enteramente nuevos:

Uno para negligé, de linós gris casi blanco; entre cada paño una punta de tafetan grosella, de cuarenta centímetros de alta, lacerada de terciopelo negro. Un terciopelo encajona estas puntas, continuándose hasta el bajo de la falda sobre un encañonado. Pequeña vesta manola en tela igual, guarnecida en conexion.

Otro en mohair á damero, malva y blanco, falda muy larga, sin mas adorno que un encañonado malva. Cuerpo igual á lo hombre, encajonado en un encañonado.

El tercero en alpaca blanca de forma princesa, bordado en presilla de seda chiné, cereza y blanca. El bordado cubre los delanteros del cuerpo, volviendo á descender hasta el bajo de la falda, encajonando una hilera de gruesos botones de nácar. Despues de dar vuelta el bordado alrededor de la falda por abajo, remonta en punta sobre cada costura. Las mangas son completamente de codo.

La fantasia transige con todas las estaciones, y en prueba de ello combina para el calor con el tafetan la pequeña rotonda en gasa de seda. Sobre falda malva, una rotonda de gasa malva, guarnecida de punto de Alençon, hace un efecto maravilloso.

La granadina tambien se emplea en esta clase de confecciones, y son sumamente adoptados los chales en granadina blanca bordados de color y guarnecidos de encaje, que completan á las mil maravillas un traje de estío.

Recorreremos un instante los aristocráticos salones de Paris.

El viénes 13, en la Ópera, S. M. la Emperatriz, tres veces soberana por su clase, por su belleza y por su elegancia, encantaba con un traje de muselina blanca sobre una falda de seda azul, un turbante de seda azul y cuatro vueltas de perlas blancas en el cuello.

En la noche del lunes llevaba un traje de tul blanco sobre una falda de seda rosa; cintura de flores y follaje de lirios; corona idem y collar de perlas.

Mad. la princesa de Metternich, un traje de tul blanco á volantes ruchés; hojas de yedra consteladas de diamantes en los cabellos, en los hombros y en la cintura.

La bellísima condesa de Pourtalés, traje de tul blanco sobre falda de seda cereza; cuerpo bordado de racimillos de uvas y de hojas de viña; prendido igual al bordado del cuerpo y adornado de amapolas.

Mlle. Weleslay traje de tul blanco y túnica rosa.

Mad. la condesa de Rayneval traje y túnica de tul blanco; la túnica levantada con gruesos lazos de moiré blanco; cintura de moiré y corona de espigas de trigo y ababoles.

Mad. la duquesa Tascher de la Pagerie traje de muselina blanca brochada de claveles encarnados; corona idem.

Tal es la escentricidad del modo de vestirse, que no se sabe á punto fijo á qué atenerse. En las últimas carreras del bosque de Boulogne barrian la arena colas en los vestidos de dos metros y medio de largas.

La manía de los trajes históricos y complicados, y el abuso de los cosméticos y los poéticos polvos regeneradores de Segny, que tanto se han apresurado á adoptar las elegantes, podrian conducir las exageradamente á las vías de lo imposible, si no viniese á salvarlas una saludable reaccion en el modo de vestirse y arreglarse el rostro. Algunas se metamorfosean en tal disposicion, que nó es posible reconocerlas segun el extremo con que se disfrazan. Las dejamos blondas y las recobramos con cabellos negros, ó vice versa, cambian el azabache de su cabellera por el blondo de las hijas del Norte. Es de advertir que la mayor parte son jóvenes y bellas, y que todos los procedimientos dirigidos á las desheredadas de juventud ó de hermosura no equivalen al menor de sus naturales encantos.

Es bueno procurar embellecerse, permaneciendo siempre en disposicion de poder probar la identidad de la persona.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 2,463.

Primera figura. Vestido de *point-de-soie*, color gris azulado. El borde de la falda va guarnecido con un escarolado de tafetan azul picado, que sube por cada costura hasta la mitad de la falda. La cabeza de cada volantito la forma un entredós de encaje. Cuerpo de escote cuadrado de tela igual á la de los volantitos, y las mangas formadas de una hombrera sencilla guarnecida de un bullon de tul, del cual sale una manga larga y estrecha de tul blonda. Pelerina cuadrada compuesta de encaje, y entredoses atravesados por cintas estrechas. Adorno de encaje con flores y cintas.

Segunda figura. Vestido de fulard de mil rayas. La falda está abierta en el bajo en cada costura sobre una falda de tafetan rosa. Un escarolado de tafetan blanco y rosa pasa por todo el contorno del bajo, y sube de cada lado cubriendo las costuras de las aberturas: entre cada dos de estas aberturas, en el paño de fulard, va colocado un claro de cinta rodeado de una puntilla de encaje. Cuerpo escotado en forma de corazon, adornado con escarolados de tafetan picado como la falda, y lazos de cinta. Camiseta con bullones y encaje. Adorno de cabeza compuesto de un fondo á la italiana y un grupo de flores.

Tercera figura. Vestido de gasa verde á cuadrillos negros. Cuerpo escotado con fichú adornado de encañonados de cinta; mangas abiertas en redondo hasta el codo, y manga blanca de tul. Adorno de cabeza, de tul muy ancho, que se anuda en el pecho, y ramo de flores.

Cuarta figura. Vestido de fulard lila y blanco, adornado sobre cada costura con una serie de medallones de encaje enlazados uno con otro. Cuerpo escotado. Vesta andaluza de encaje negro. Adorno de cabeza de encaje, que se recoge en pliegues detras de la oreja y cae por detras como un pequeño velo.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull,
calle del Pez, núm. 6, principal.

3.
olor
con
por
beza
aje.
los
rera
sale
rina
ave-
con
yas.
so-
afe-
pajo.
las
n el
dea-
en
tafe-
seta
esto
adri-
de
ondo
e ca-
o, y
nco.
eda-
es
o de
s de
rall.



2463

LA VIOLETA

Redaccion y Administracion
Ayuntamiento de Madrid

